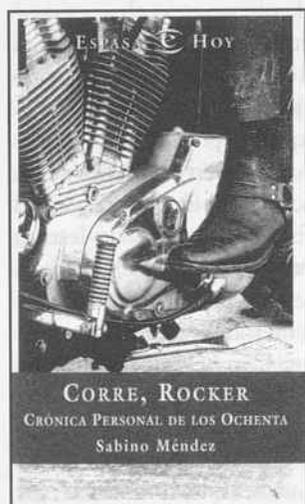


Aquellos lejanísimos años¹



EL PROGRESO GENERAL de la literatura autobiográfica ha supuesto también su derivación y diversificación en propuestas que ofrecen pactos de lectura modulables, incluso reversibles. En sus últimos libros, Philippe Lejeune analiza cómo la autobiografía desde las *Confesiones* de Rousseau ha ido apropiándose progresivamente y asimilando estructuras narrativas que proceden de otros géneros literarios hasta el punto de haberse convertido en un *género dominante* que viene impregnando todas las formas de la expresión oral o escrita. Pero, paradójicamente, víctima de su triunfo, el recurso al yo se ha convertido, sigue Lejeune, en el medio obligado de la mayor parte de otros fines. Una especie de excipiente cuya inclusión no sólo se prevé sino que se considera políticamente correcta y cuyo fin consiste en avalar lo que sigue a ese yo. El *excipiente autobiográfico*, una inmensa y vacía retórica de la primera persona. Un fenómeno que algún día habrá que estudiar en serio en lo que concierne a nuestro ámbito cultural pero que, como sea, impone andar con pies de plomo para poder distinguir entre la fórmula rentable y la verdad literaria. Aquí se hacen juegos malabares, allí hay alguien llevando a cabo por escrito, y una vez más, el ejercicio feroz de la subjetividad: una pirueta en lo alto del trapecio, sin red ni acompañantes.

Una de las muestras más recientes de este apasionante ejercicio de acrobacia que es la escritura del yo cuando verdaderamente merece esa rúbrica es la obra de Sabino Méndez que tiene título de canción: *Corre, rocker*, publicada por Espasa. Es también un ejemplo magnífico de esa derivación estilística a la que me refería, porque es un libro que atrapa, a mi modo de ver, la esencia de muchas cosas: memoria de un grupo musical, autobiografía, crónica de una generación, ensayo, defensa de sí mismo... No ha habido ocasión de leer hasta la fecha una reseña decente, de modo que voy a intentarla.

Sabino Méndez fue guitarrista y sobre todo compositor de las mejores letras de Loquillo y Los Trogloditas. Sabino era uno de aquellos trogloditas que en los años ochenta arrasaron con canciones como

Cadillac solitario, *Rock'n'roll star*, *Quiero un camión* o *La mataré*, por citar títulos cuyo sólo enunciado nos transportan a otra época, los 80. Cualquiera puede evocar además de inmediato los ítems más repetidos de aquellos lejanísimos años: el punk con toda su fuerza subversiva gritando que no hay futuro, la consabida movida, los bandos macarrónicos de Tierno Galván (¿recuerdan?), las películas de Almodóvar, el lenguaje petardo y corrosivo de la cultura urbana... las drogas. Eso lo sabe todo el mundo. La vida, como siempre, es implacable a la hora de repartir suerte, de modo que algunos han sobrevivido a duras penas, otros han triunfado y todavía viven de aquello, los más rompieron radicalmente con su coqueteo cuando la cosa se puso fea de verdad. Muchos, desgraciadamente, quedaron en el camino, pero, en cualquier caso, vivir aquellos años no fue ninguna tontería, aunque la literatura que ha dejado pueda parecerlo -pienso en la estupidez de *Patty Diphusa*, por ejemplo: un caso claro de *décalage* entre la bohemia y sus resultados literarios (y sólo literarios)-.

Bien, sabemos eso y poco más. ¿Qué había tras esa *performance* frenética en la que vivieron los músicos de aquellos años, por ejemplo? Porque la música fue el único vehículo de expresión artística que alcanzó a proyectar unos sentimientos juveniles sobre una colectividad influyendo de forma decisiva sobre ella y sus costumbres. Sabino Méndez se ha propuesto hurgar en aquella *performance* permanente, revivirla y observarla con la lucidez de un superviviente. Su libro tiene esa voluntad minuciosa de escribir la pequeña, inmovible verdad, de un ser humano que ha vivido un momento excepcional y quiere saber qué ha quedado de él en el presente. La suya es una verdad todavía encendida por los rescoldos de aquel fuego. Afortunadamente, en *Corre, rocker* se ha prescindido del clásico ¡oh qué jóvenes, brillantes y divertidos éramos! al estilo "gauche divine" -*Deo gratias*- y el autor se ha tomado en serio y honestamente su labor de cronista de un tiempo y de un modo de sentir.

A Sabino (y escribo Sabino porque le conozco y es un amigo aunque eso no tiene nada que ver ahora, más allá de la cordialidad del trato) le ha salido una memoria entre dolido y mordaz de un

tiempo durante el cual su autor vivió en la cresta de la ola. Como es lógico, el radio de influencia de su evocación se proyecta en lo biográfico hacia delante y hacia atrás en trallazos que permiten vislumbrar la vida de un hombre más allá del escenario de los 80, pero que por encima de todo propone una especie de investigación dialéctica sobre la singularidad del narrador, el propio Sabino Méndez, en un momento de metamorfosis. El momento del vértigo ya pasó - fueron los años de éxito, de dar dos conciertos una misma noche y de atiborrarse de *speed ball*- y es precisamente ese vértigo lo que se quiere observar diez o doce años después.

No es fácil dar con el tono adecuado para este tipo de proyecto. El narrador recurre a un tono bradominesco, a veces irónico, a veces sentimental, para describir aquella época. Utiliza suaves metáforas que de hecho proponen una renovación de los modelos de descripción imperantes en el canon autobiográfico. Está claro que es un letrista de rock quien ve en su novia una chaqueta de cuero "buscando bañarse en el viento furioso de los trenes desbocados". La metonimia es el rasgo de estilo más frecuente en *Corre, rocker* como no podía ser de otro modo:

Esos (días) festivos nos permitían descubrir la independencia de unos padres tolerantes que seguían viajando al paraíso playero mientras dejaban a nuestro cargo las plantas, los colchones, la cubertería y las llaves del domicilio familiar. [54]

El libro responde a una necesidad íntima de explorar y convocar los diferentes y en buena parte desconocidos yoos (porque no daba tiempo a controlar sus manifestaciones) que vivieron aquella época de nacimiento y muerte, en relación con el entorno. Por otra parte, el entorno tiene nombre y se llama Loquillo. Digamos que "el cantante alto" articula la línea defensiva de su relato que tiene algo de ajuste de cuentas y de línea Maginot, es decir desde el texto se lucha por reivindicar lo que el autor cree que le pertenece, al tiempo que se defiende de las otras versiones que hayan podido circular sobre su separación del grupo musical. Todo lo que pasó, pasó tan rápido que apenas podía alcanzar el nivel de la consciencia, parece decirnos su autor. Uno estaba

allí o no estaba. Pero si estaba no había reflexión posible. Bien, eso debería ir en descargo de todos, pero no va. La tesis que subyace es que por debajo de la inconsciencia del rocker y los peces de colores circulan corrientes más profundas. Se llaman diferencias de clase, arribismo y negocio, y al autor de tantas letras entrañables esas corrientes acabaron sino por echarlo del río sí por dejarlo en dique seco. De ahí, creo, el guiño a Updike y a su novela más incisiva, *Corre, Conejo*.

El orden del relato es el de una dialéctica con aspecto de sucesión narrativa. Quiero decir que el lector queda convencido al final del libro de que se le ha contado una historia del mayor interés (porque es verídica) pero si quiere puede leer el libro en una clave de indagación personal.

Sabino Méndez ha abordado la escritura autobiográfica después de haber leído mucho - se nota - y de reflexionar sobre los procedimientos literarios más convenientes a su proyecto. De esa reflexión han quedado abundantes pruebas textuales que invitan a una lectura cómplice, sutil, de influencias, alusiones y benévolas parodias narrativas. No estamos pues ante un relato autobiográfico ingenuo, de aquellos que pretenden que las cosas contadas caigan por su propio peso siguiendo un hilo presuntamente cronológico. No. Tampoco resultaría verosímil en su caso, con su trayectoria artística, un narrador inocente abandonado a un procedimiento convencional. El autor de *Corre, rocker* lo sabe y lo siente así. Por eso el suyo es un libro singular y la evocación, en primera persona, de aquellos años en los que tuvo un papel protagonista le ha llevado a una exploración del vértigo vivido, a un ir y venir permanente del escenario de la acción a sus efectos.

Sin embargo, la trayectoria del relato es la inversa a la comúnmente establecida, porque si bien la mayoría de autobiografías pecan de ser un punto de llegada para el escritor que, ocasionalmente, concluye con ella una dilatada trayectoria y no está ya para muchos troles, el caso de Sabino es el contrario: se estrena con un libro autobiográfico. Y su relato refleja muy bien el vigor, la vivacidad de un escritor joven y con ganas: el modo de encadenamiento de los elementos del relato, las aceleraciones fulgurantes, los cambios de situación, la tensión de las introspecciones, denotan, en fin, una preocupación por legitimar literariamente su relato creando un tipo de suspense muy atractivo. Se diría que el ritmo de *Corre, rocker* es el de una obra de teatro (hay motivos para verlo así) y obedece a los imperativos de la representación escénica. Como el narrador está encantado de conocerse, cumple él mismo con todos los papeles: es el héroe, el autor del libreto, el director de escena, el cámara, el responsable de las luces... incluso ha escrito el programa de mano. Quizás podría pedírsele un poco más de acción. Es el único reparo que puedo ponerle a un libro tan duro y conmovedor como la vida que describe.

Anna Caballé

Nota

¹ Reseña publicada en *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 608, febrero 2001, [118-121]